



THE HORUS HERESY
PRIMARCHS

DAVID ANNANDALE
**ROBOUTE
GUILLIMAN**

SEÑOR DE ULTRAMAR

minotauro

THE HORUS HERESY®
PRIMARCHS

DAVID ANNANDALE



**ROBOUTE
GUILLIMAN**
SEÑOR DE ULTRAMAR

minotauro

Primarchs nº 01 Roboute Guilliman: Señor de Ultramar

Published by Black Library, 2016
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *Roboute Guilliman: Lord of Ultramar*

Roboute Guilliman: Lord of Ultramar, Primarchs nº 01 Roboute Guilliman: Señor de Ultramar, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2023
Imagen de cubierta: Alex Boyd

ISBN: 978-84-450-1510-0
Depósito legal: B. 6134-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauoro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauoro
Twitter: @minotaurolibros



UNO

THOAS • RECUPERACIÓN • SIMBOLISMO

Un imperio llegó a Thoas para aplastar a otro. El imperio del orden y la luz llegó en forma de una armada. Si los ojos del otro imperio se hubieran dirigido al vacío, tal vez habrían presenciado el acercamiento final. Habrían visto un enjambre de espadas, cada una de ellas una nave de miles de metros de largo. La más grande medía casi veinticinco kilómetros de proa a popa y era tanto una espada como una cadena montañosa. Desde la superficie de Thoas, habría parecido una estrella alargada que se movía con un propósito inquebrantable junto a sus hermanas más pequeñas; una constelación de guerra que llenaba el cielo nocturno.

Sin embargo, en el segundo imperio no había ojos con los que mirar hacia arriba, así como tampoco nadie que fuera capaz de comprender lo que veía. Aquel no era un imperio que mereciera ser nombrado como tal y, aun así, contaba con una docena de sistemas. Uno a uno, se los habían arrebatado de sus garras. En aquellos momentos, el imperio que no merecía llamarse como tal había quedado reducido a su núcleo, a la base de su poder. Al origen de su contagio.

No vio llegar su perdición. Si lo vio, no lo entendió. Y, si lo entendió, no le importó. Aquella era su naturaleza. Aquella razón era suficiente para que mereciera ser exterminado.

Comentario 73.44.LCIV: la visibilidad del líder en determinados momentos de una campaña tiene su propio significado. Refuerza su interés no solo por cumplir el objetivo, sino también por aquellos que han jurado conseguirlo. Un líder que carece de dicho interés merece sufrir la derrota y le da la bienvenida.

Roboute Guilliman se encontraba en el atril del puente del *Honor de Macragge*. Bajo él, en el espacio a niveles del tamaño de una arena de combate, el grado de actividad había aumentado en urgencia, aunque procedía sin perder la calma. Los oficiales llevaban a cabo sus tareas con la misma eficiencia que los servidores. El puente siseaba con el sonido de la maquinaria humana, unos engranajes que encajaban a la perfección y se preparaban para la guerra.

Guilliman ya llevaba cinco horas en su puesto, desde que se habían trasladado hasta el sistema. Estaba allí para ver y ser visto, como exigía el protocolo. «Apéndice al comentario 73.44.LCIV —pensó—: el interés no se puede fingir». Decidió añadir la corrección al manuscrito más adelante.

Había visto cómo Thoas se hacía más grande en las ventanas delanteras del puente. Había visto sus detalles consolidarse conforme las capas de escáneres augures formaban la imagen compuesta del objetivo. Los elementos de vanguardia de la flota se encontraban en ancla baja y aguardaban sus órdenes para emprender la siguiente fase de reconocimiento.

—Otro mensaje del capitán Sirras —indicó Marius Gage.

—¿Reconfirma que sus exploradores están listos? —preguntó Guilliman.

El Señor Primus de los Capítulos de la XIII Legión esbozó una sonrisa.

—Correcto.

—¿Ahora te contacta directamente? —insistió Guilliman.

—Estuvimos juntos en Septus Doce, en el Cúmulo Osiris.

—¿En la colmena?

—Así es —respondió Gage—. Los dos llegamos a la superficie a tiempo para ver los destellos de la flota ardiendo cuando las naves psíbridas desataron su emboscada.

—¿Y cree que eso le da derecho a saltarse la línea de mando? —quiso saber Guilliman.

—El 22.º sigue sin señor del capítulo —le recordó Gage.

—Lo sé. —Los orkos del Imperio Thoas le habían cortado la cabeza a Machon durante las últimas fases de la campaña para purgarlos del sistema Aletho—. Habrá un nuevo señor del capítulo antes de que aterricemos en Thoas. Que ahora no haya ninguno no justifica que Sirras intente llevar a cabo una marcha final improvisada en cuanto a mis decisiones sobre el momento en que atacar.

—¿Alguna reprimenda oficial? —preguntó Gage.

—No. Pero dile que, si te contacta otra vez, la próxima voz que oír será la mía.

El viejo guerrero asintió. Sus rasgos estaban desgastados por los siglos de batallas y habían formado unas arrugas burlonas e inteligentes. Se alejó unos pasos para comunicarse con el capitán de la 223.^a Compañía.

—Espera —dijo Guilliman. «Comentario 73.42.xv: es el deber de todo soldado el aceptar una orden sin que se le dé ninguna razón, pero la ausencia de la razón nunca debería ser la condición por defecto»—. Hazle saber que seguimos recopilando escaneos, que no está esperando por un capricho, sino por un objetivo que valga la pena.

En la ventana del puente, otra capa de detalles topográficos se sumó a las anteriores, y la imagen de Thoas se tornó más nítida. Los litorales cambiaron de abstracciones fractales

a caracterizaciones geológicas específicas. El mundo se estaba convirtiendo en un lugar real. Estaba encerrado por las mareas de su estrella azul. Medio planeta ardía eternamente, mientras que la otra mitad se congelaba. La flota de Ultramarines estaba anclada en la franja del terminador, donde el anochecer y el amanecer nunca acababan.

Guilliman examinó la esfera y frunció el ceño.

—Magnificación del trópico septentrional —pidió.

La imagen creció.

—Aumento de magnificación.

«Ahí», se dijo a sí mismo.

Una cordillera trazaba una línea diagonal de norte a suroeste en la región occidental de la masa continental más grande. Al este, la tierra estaba arrugada por las montañas, cañones y mesetas a lo largo de poco más de ochocientos kilómetros. Al oeste había una gran planicie que llegaba casi hasta la costa antes de convertirse en una cadena montañosa más estrecha y de menor altura. En el flanco occidental de la cordillera, Guilliman avistó unas líneas demasiado regulares: había estructuras allí, casi tan grandes como las montañas en las que se asentaban.

—¿Lecturas de biomasa en este sector? —preguntó Guilliman.

—Una gran concentración de orkos, mi señor —contestó el encargado de los augures.

Dada la geografía tentadora de la planicie y las inclinaciones más sencillas de las laderas, aquello era de esperar.

—¿Y en comparación con las otras superficies principales?

—Más alta —confirmó el oficial.

—¿Lo ves? —le preguntó Guilliman a Gage.

—Sí. ¿Son humanas?

—Los registros sobre Thoas son de lo más fragmentados. Hasta la fecha, solo he encontrado dos referencias a cualquier forma de colonización humana.

—Son bastante grandes —dijo Gage—. Debió de ser más que una colonia.

Guilliman asintió.

—Era una civilización. —Aquella idea era prometedora. Si había existido alguna colonia humana en los otros sistemas que habían recuperado de manos de los orkos, todo rastro había desaparecido ya. Que unos indicios semejantes aparecieran en aquel mundo, donde la batalla final contra el imperio de pielesverdes iba a librarse, era un regalo de un valor incalculable. Si es que las ruinas eran humanas, claro—. Dile a Sirras que tenemos un objetivo para él.

—Evido Banzor también tiene exploradores listos para un descenso desde órbita baja —indicó Gage—. Parte de la 166.^a, bajo el mando del capitán Iasus.

—Bien. Hazlos descender a los dos. Quiero que observen las posiciones de los orkos, con especial atención a esas estructuras. La campaña de Thoas comienza aquí.

—«Cuando se presenta la oportunidad de escoger entre varios inicios, se debe escoger el que tiene más significado» —citó Gage.

—Comentario 45.xxx —dijo Guilliman—. Adulador.

—Es tan solo una verdad manifiesta —repuso Gage, con la mirada clavada en los rastros de las ruinas colosales.

—Nuestro capitán nos honra con su presencia —dijo Meton. Su voz era poco más que un susurro, y solo se podía oír a través del comunicador. Los orkos estaban demasiado lejos como para oírlos. Los orkos que alcanzaban a ver al menos. Sin embargo, Meton estaba respetando la disciplina apropiada y no se arriesgaba a nada mientras las escuadras ascendían por la cresta.

—Teoría: nuestro capitán solo tiene ganas de ensuciarse las manos con las vísceras de los pielesverdes —dijo el sargento Phocion.

—Práctica: a vuestro capitán le gustaría que cerrarais el pico —interpuso Eleon Iasus. Ambos tenían su parte de razón. No había sido necesario que dejara el *Confianza Pretoriana* para acompañar a los exploradores durante su reconocimiento. Aun así, tampoco pensaba ser negligente en su deber. Como sargento, había sostenido la posición de Phocion durante décadas. Y también había pedido permiso al Señor del Capítulo Banzor para dirigirse allí. Sí, quería notar la superficie de Thoas bajo sus botas lo antes posible, pero aquella no era la única razón. «Teoría: no existe ningún dato avanzado del campo de batalla que resulte superfluo. Práctica: siempre que sea posible, añadir la experiencia de primera mano a la inteligencia recabada a distancia». Quería ver las ruinas. Quería conocer el lugar que iba a ser el epicentro de la campaña.

Los exploradores de la 166.^a avanzaban con sigilo a lo largo de las crestas occidentales de la cordillera situada al sur de las ruinas y mantenían el contacto mediante el comunicador con las escuadras de la 223.^a que procedían desde el norte. Ambas compañías habían descendido en Thunderhawk hasta aterrizar en unos acantilados cercanos a las inclinaciones que daban al este. No habían entablado contacto con el enemigo, pues nada allí interesaba a los orkos. Las laderas eran escarpadas, y los valles, angostos y baldíos. No había nada por lo que luchar, así como tampoco espacio en el que librar una batalla. Las sacudidas tectónicas de la región habían sido tan violentas, tan repentinas, y habían involucrado tanta compresión, que las cadenas de la cordillera se mostraban estrechas y afiladas como filas de colmillos.

Caminar por allí resultaba complicado. Iasus y los exploradores escalaban por aquella montaña prácticamente vertical. Los pliegues afilados de granito arrojaban sombras. Pese a que las dos lunas de Thoas estaban llenas, las montañas se habían

envuelto en una oscuridad más profunda que la noche. Incluso con su visión mejorada y sus lentes de visión nocturna, Iasus estuvo ciego cuando su escalada lo llevó a la profundidad de los huecos verticales. Escalaba a tientas, estirando las manos, clavando sus dedos con guantelete en las rendijas y sosteniéndose de las prominencias irregulares con la certeza de que no se iban a derrumbar bajo su peso. Mucho antes de que llegara a la cima, caerse de aquella oscuridad a la oscuridad que lo esperaba abajo habría sido más que suficiente para acabar con él.

Se alegraba de haber ido. Cada metro que escalaba le daba una mayor sensación de conocer Thoas: la información teórica se transformaba en experiencia práctica.

La cresta era tan afilada y estrecha como se la había imaginado. Se colocó en el borde de una roca puntiaguda e inmensa. Le costaba quedarse de pie allí.

—Teoría —dijo Meton—: si llevamos a los orkos hasta estas montañas, los destrozaremos.

—Los destrozaremos pase lo que pase —dijo Iasus, aunque el explorador tenía razón: un ejército que retrocediera hacia aquellas montañas quedaría devorado por sus dientes. Y si, por alguna casualidad, los orkos sobrevivían, si iban más al este, llegarían al amanecer y se calcinarían.

Iasus miró abajo. Los orkos estaban todos hacia el oeste, y los cientos de miles de miembros de los clanes se habían reunido en la planicie cercana a la base de las laderas y en las pendientes graduales del comienzo de las montañas.

E infestaban las ruinas.

La escuadra de Phocion había avanzado hasta un lugar a varios miles de metros de la estructura más cercana. Los bordes de la horda de orkos estaban justo debajo, de modo que los gruñidos y rugidos de los pielesverdes se alzaban hasta aquellas alturas, como el estruendo de una ola violenta. Si bien también había orkos en la planicie, la mayoría de ellos se

encontraban en partes más altas. No tenían ninguna razón para pensar que aquellos pielesverdes contaban con la inteligencia suficiente para comprender la fuerza que iba a por ellos, aunque sí se estaban preparando para la batalla. Conforme los Ultramarines habían desmantelado su imperio, no habían dejado ningún superviviente a su paso. Las bestias carecían de todo lo que no fuera la tecnología más rudimentaria y no tenían nada que se pareciera a un comunicador interplanetario. Sin embargo, lo sabían. Algo así como un instinto colectivo de su especie les había indicado a los pielesverdes que debían prepararse.

Iasus dejó de prestarle atención a los orkos para observar las ruinas. Alzó los magnoculares del visor de su casco y las estructuras se tornaron más nítidas. Estaban muy dañadas. Los niveles superiores se habían derrumbado, había agujeros abiertos a las inclemencias del viento y las tormentas de Thoas, y los tejados de los edificios que alcanzaba a ver habían desaparecido. Aun con todo, seguían siendo colosales. Estaban hechas de enormes bloques tallados de las propias montañas. Iasus estimó que cada ladrillo superaba en tamaño a un Thunderhawk y vio columnas que eran tan altas como titanes Warhound. También eran monolitos. Habían caído tantas partes de las ruinas que su forma original resultaba difícil de discernir. Lo que Iasus podía ver parecían pirámides con terrazas, cada una del tamaño de una pequeña ciudad. Las terrazas eran estrechas en proporción a la enorme altura de los niveles. El efecto que provocaban era menos de estructuras amplias y bajas, pues más bien tenían unas formas gigantescas. La arquitectura era agresiva y brutal, incluso medio derruida. Sin embargo, no era alienígena. Por muy colosal que fuera su escala, la forma de las aberturas curvas era reconocible. Había puertas más pequeñas en las paredes, unas entradas por las que los orkos tenían que agacharse para pasar.

—Los pielesverdes se han esforzado bastante —dijo Phocion.

—Nosotros también lo haremos. —Iasus bajó sus magnoculares—. Este fue un mundo humano en otros tiempos y va a volver a serlo.

Guilliman se reunió con sus señores de los capítulos en su compartimento. Doce capítulos se habían dirigido a Thoas para erradicar a los orkos, y once señores formaban un arco preciso ante la mesa de Guilliman. Junto a ellos se encontraban dos capitanes: Hierax, el capitán de mayor rango del 22.º, el capítulo sin líder; e Iasus, quien se había ganado su puesto en aquella audiencia gracias a la información que había traído desde la superficie del planeta.

Aquello, según Guilliman, era lo que los demás creían que había motivado el honor que se le había otorgado a Iasus. Por el momento, no hizo nada por corregir dicha percepción.

Detrás del primarca, las paredes de crystalflex mostraban el orbe de Thoas bajo el *Honor de Macragge*. La nave insignia se encontraba en un ancla baja, en una órbita geosíncrona sobre la gran planicie al pie de la cordillera. Pese a que las ruinas no eran visibles desde aquella altura, si Guilliman se volvía, su mirada se centraría en su localización en las montañas.

Hizo un ademán hacia las placas de datos de su mesa.
—Los informes de los exploradores son conclusivos —dijo—. Thoas fue el hogar de unos humanos en otros tiempos. Construyeron grandes ciudades. Aunque dicha civilización se ha perdido, los humanos conquistarán este mundo una vez más, y las torres se erigirán de nuevo. Pero hay más. Las imágenes termográficas y los augures geológicos han revelado la presencia de una extensa red de cuevas bajo las ruinas.

—¿Sabemos su profundidad? —preguntó Atreus, Señor del 6.º Capítulo.

—No —contestó Guilliman—. También hay manchas de radiación significativas en la zona, las cuales hacen que tomar los datos por imagen sea más difícil. Sabemos que los túneles están ahí, pero, más allá de eso, todo serían conjeturas. Una aplicación nada útil de lo teórico.

Dejó de hablar y observó a los dos capitanes. Sus posturas eran de lo más formales e inmóviles, si bien los señores de los capítulos tenían un comportamiento más relajado. Ellos comprendían que aquel compartimento era un lugar en el que preguntar y debatir, en el que intercambiar puntos de vista con total libertad. Allí era donde las teorías se sometían a debate y se modificaban, se desmontaban y reconfiguraban. Una deferencia absoluta a su autoridad en aquel lugar era contraproducente y socavaba lo que él esperaba conseguir.

A pesar de que Iasus y Hierax bien podrían haber sido estatuas, Guilliman pudo detectar unas variaciones ínfimas en sus posturas. Iasus se conformaba con esperar hasta que lo llamaran y tenía una pose de simple paciencia. Hierax, por otro lado, estaba a punto de estallar. Se inclinaba hacia delante un poco. Estar al tanto del rango y la naturaleza de su posición lo contuvo, al mismo tiempo que la razón de ser de su presencia lo instaba a hablar.

Guilliman decidió salvarlo del dilema.

—¿Tienes alguna recomendación, capitán Hierax? —le preguntó. «Sorpréndeme —pensó—. Di algo que no sea lo que estoy esperando».

—La infestación de orkos de Thoas es la peor que hemos visto en esta campaña.

—Es que este es el corazón de su imperio —señaló Guilliman.

—Exacto —dijo Hierax—. Por eso deberíamos arrancarlo de una sola estocada. No hay ningún humano en esas ruinas,

ni tampoco lo ha habido en mucho tiempo. No tenemos motivo alguno por el que contenernos.

—Ningún motivo —repitió Guilliman, con un tono neutro.

—Los Destruidores de la Segunda purgarán a los orkos de Thoas en cuestión de un día.

—Además de toda la vida que exista en ese lugar.

—Primarca... —empezó a decir Hierax.

—Capitán —lo cortó Guilliman—, ¿cómo de rauda planeabas que fuera esta invasión? Imagino que pretendías dejar el planeta intacto, así que eso descarta los torpedos ciclónicos. ¿Bombas virus, entonces? ¿Serías capaz de ir tan lejos?

Hierax no contestó durante unos instantes. Su rostro estaba quieto, con una expresión tan neutra que no mostraba nada en absoluto. Al igual que Gage, Hierax se había incorporado a la XIII Legión en Terra. Sus rasgos duros mostraban distintas capas de cicatrices, una especie de historia geológica, como si unos flujos de lava sucesivos la hubieran endurecido. La nobleza de los Ultramarines brillaba en su armadura. El propio Hierax personificaba la dureza de la guerra. Los Destruidores eran la violencia necesaria de los Ultramarines, representaban aquellos momentos en los que el corazón se hacía de piedra y se llevaba a cabo el acto más terrible. Hacían honor a su nombre. Eran la sangre que derramaban las espadas de la Gran Cruzada, no su esperanza, su promesa ni su creación. Cuando Hierax volvió a hablar, lo hizo con una voz fuerte pero fría, pues ya sabía que Guilliman iba a rechazar su consejo.

«Al igual que yo ya sabía cuál iba a ser —pensó—. Menuda decepción. Habría estado bien que demostrara que me equivocaba».

Hierax respiró hondo.

—Si es necesario, sí —contestó—. Nuestra misión... —Se interrumpió a sí mismo al darse cuenta de que se había pasado de la raya. No tenía el derecho de definir su misión.

—Continúa —le pidió Guilliman—. Habla con libertad, capitán. Si no podemos hacerlo en este lugar, la mitad de su utilidad se desvanece.

Hierax le dedicó un ademán de agradecimiento.

—Teoría: nuestra misión es exterminar a los orkos. Práctica: el modo más eficiente de acabar con el enemigo y minimizar nuestras propias bajas es a través del armamento de la Primera y la Segunda Compañía de Destruidores.

—¿No ves ningún otro valor en este planeta?

—La minería seguirá siendo posible una vez que la peor parte de la radiación se disipe. Sus posibilidades de agricultura son pobres. Lo que Thoas ofrece sobrevivirá a lo peor que podamos hacerle a la superficie.

—Ya veo.

Los señores de los capítulos permanecieron en silencio. «Me conocéis bien», pensó Guilliman. Sabían que el debate era sobre algo más que una decisión táctica.

—Capitán Iasus —lo llamó Guilliman—, tú has estado en la superficie. ¿Qué opinas?

—Con el debido respeto, no estoy de acuerdo con la evaluación de mi hermano. —El capitán de la 166.^a era más joven que Hierax y había nacido en Macragge. Sus rasgos estaban menos desgastados que los de Hierax. La gran cicatriz roja que iba desde su sien derecha hasta su mandíbula hacía que su perfil pareciera incluso más aguileño—. Thoas tiene un valor más que industrial. Antes había una cultura importante allí, y su recuerdo debería preservarse.

—Esa cultura fracasó —repuso Hierax.

—Así es —concedió Guilliman—. ¿Y eso quiere decir que debería erradicarse de nuestra memoria colectiva? ¿Acaso no tenemos nada que aprender de ella? ¿Quiere decir eso que su batalla contra los orkos no merece conmemorarse? ¿Que no hubo ninguna batalla digna de recordar?

—No —admitió Hierax.

—No, exacto. —Guilliman puso una mano sobre una pila de manuscritos de vitela encuadernados que había a un lado de su mesa—. Los rememoradores de nuestras embarcaciones carecen de valor táctico y no contribuyen nada a los campos de batalla de la Gran Cruzada. Sin embargo, su aportación más allá de la arena es inestimable. Los registros de las pacificaciones, las celebraciones de las victorias, los recuerdos de los caídos, los análisis de las culturas recuperadas... Ese es el tejido en el que vive la cultura del Imperio, Hierax. Incluso las civilizaciones muertas son parte de la historia humana. Tienen una vida que se extiende más allá del polvo de sus ciudadanos.

Se volvió para mirar hacia Thoas. Si bien la mayor parte del planeta era de un tono marrón oscuro, no estaba muerto. Su atmósfera era turbulenta por los destellos de energía de las tormentas, y sus costas eran verdes por la vegetación. Thoas seguía con vida. Incluso con el cáncer que eran los orkos en su superficie, seguía con vida. Y no pensaba matarlo. No pensaba acabar con su historia.

—Los orkos arrebataron Thoas a la humanidad —dijo—. Y nosotros volveremos a conquistarlo. Sin perder sus recuerdos en el empeño.

—Pero los niveles de radiación... —empezó a decir Hierax. Guilliman alzó una mano para interrumpirlo.

—Lo sé —dijo—. Son altos en la región de las ruinas. ¿Vamos a hacer que lo sean aún más? Hemos venido a recuperar y a construir. Vamos a recobrar Thoas y a establecer una nueva civilización. Claro que superará a lo que existió aquí antes, pero también hará honor a la historia de este planeta. —Le dedicó una sonrisa a Hierax—. ¿Lo entiendes, capitán?

—Lo entiendo —repuso el Destructor con un tono carente de emoción.

«¿De verdad será así?», se preguntó Guilliman, incluso más decepcionado que antes. Pese a que Hierax era un buen oficial, tenía sus límites. También simbolizaba un problema más grande que Guilliman había visto que crecía en su legión, y había llegado el momento de lidiar con él.

—El Capítulo Nemesis está listo para desplegarse cuando y como se ordene —continuó Hierax.

—Estoy seguro de que el 22.º lo está. —El hecho de que Guilliman hubiera empleado su designación numérica sonó como una reprimenda—. Y eso hará.

—¿El capítulo entero? —preguntó Hierax.

Guilliman alzó una ceja ante la ira que teñía aquella pregunta: más pruebas de la necesidad de lo que estaba a punto de hacer. Se alegraba de haberle pedido a Hierax que estuviera allí, pues escuchar al capitán le había confirmado su decisión.

—No —respondió—. Todo no. Algunas acciones no serán necesarias.

Hierax contuvo una mueca de disgusto.

—El momento y el lugar deben ser los apropiados —continuó el primarca—. Y eso no es ni aquí ni ahora.

Hierax inclinó la cabeza y no dijo nada.

A los señores de los capítulos, Guilliman les dijo:

—Ya habéis visto la inteligencia recabada por los exploradores de la 166.^a y la 223.^a Compañía. —Puso énfasis en quién debía llevarse el mérito, pues acababa de informar a Hierax de que no iba a ponerse en acción una vez más, aunque también quería que el capitán supiera que la contribución de su compañía era valiosa.

—¿Aterrizaremos en la planicie? —quiso saber Banzor.

—La fuerza inicial —confirmó Guilliman—. ¿Qué os parece?

—Es un buen comienzo. Los orkos tienen la ventaja de la zona más elevada, pero nuestra presencia los hará descender.

—Su zona más elevada no tiene salida —dijo Atreus—. Si los obligamos a retroceder hacia allí, morirán.

—Fuerza inicial —pensó en voz alta Klord Empion, del 9.º—. Un segundo aterrizaje en las laderas, una vez que la mayor parte de los enemigos se encuentren en las planicies.

—Esa práctica depende de la teoría de que los orkos abandonen las ruinas —interpuso Banzor.

—¿Alguna vez has visto que los pielesverdes se resistan al cebo de una batalla? —preguntó Gage.

—Tienes razón —admitió Banzor.

—¿No hay ninguna posibilidad de que las ruinas sean tan importantes para ellos que quieran resistir allí? —preguntó Vared, del 11.º Capítulo.

—Es muy poco probable —respondió Guilliman—. Sería algo sin precedentes.

—«Los sucesos sin precedentes son el catalizador de la adaptabilidad» —dijo Iasus, al citar *Axiomas 17.vi*—. «No se debe guardar la esperanza de prever cualquier eventualidad, sino que uno se debe enfrentar a ellas cuando ocurren».

Hierax frunció el ceño ante la temeridad del otro capitán. Gage alzó una ceja, entretenido.

—Eso mismo —dijo Guilliman, con una gran sonrisa.

Dio por terminada la reunión unos pocos minutos más tarde. El objetivo estaba claro, así como la estrategia que había que seguir. No se trataba de un ataque que mereciera delicadeza. Habría matado de aburrimiento a Lion El'Jonson o a Fulgrim. Angron tal vez habría valorado la aplicación directa de una fuerza sobrecogedora, aunque se habría quedado perplejo ante la decisión de capturar y preservar las ruinas. Sin embargo, aquella era la estrategia que tanto el enemigo como su meta pedían, por lo que sería la empleada. «La diferencia entre una doctrina y un dogma es la separación entre la victoria y la derrota».

—Evido —Guilliman llamó a Banzor conforme los señores de los capítulos y los capitanes salían en fila del compartimento—. Un momento, por favor.

Banzor volvió a dirigirse hacia la parte delantera de la mesa. Gage se quedó donde estaba, a un lado, entre la mesa y las paredes de crystalflex. Guilliman le había contado parte de lo planeado, pero no todo. Se había sorprendido por el hecho de que el primarca le hubiera pedido al señor del 16.º que se quedara. Banzor solo parecía extrañado.

Cuando las puertas se cerraron detrás de los demás, Guilliman dijo:

—¿Qué opinas del capitán Iasus?

—¿En qué sentido?

—En general. Y sobre sus dotes de líder en concreto.

—Es un buen guerrero. Y un capitán excelente.

—¿Inspira lealtad?

—Así es. No solo lidera desde el frente: en algún momento u otro ha combatido con casi todas las escuadras de la compañía. Los demás consideran que sabe lo que hacen y lo que necesitan para hacerlo.

—Así que su expedición con las escuadras ha sido algo típico, más que poco común.

—Exacto.

—Es adaptable, entonces.

—Mucho —respondió Banzor.

—¿Y qué me dices de su liderazgo de la compañía en general? Valoro que conozca bien cómo funciona cada escuadra, pero un capitán tiene que ser algo más que un sargento muy flexible.

—No debéis tener ninguna reserva en ese sentido, primarca. La 166.^a ha sido ejemplar bajo su liderazgo.

—Me alegro de oír eso. Gracias, Evido.

Banzor se marchó, todavía extrañado. Tenía preguntas, aunque no las hizo, y Guilliman no le ofreció ninguna respuesta.

Todavía no había tomado la decisión final, y, hasta que lo hiciera, las preguntas de Banzor iban a quedarse sin respuesta.

El primarca se trasladó a su asiento detrás de la mesa y miró a Gage. El Señor Primus de los Capítulos parecía menos extrañado. «Ha supuesto de qué se trata», pensó Guilliman. Aun así, no pensaba entablar aquel debate en concreto con Marius. Primero quería el silencio de sus propios pensamientos.

Gage lo entendió, pues lo conocía muy bien, por lo que habló de otro tema.

—Thoas —dijo—. ¿Tan importantes son las ruinas?

—Crees que debería haberle soltado la correa a Hierax.

Gage se encogió de hombros.

—Los Destruidores no han pisado la superficie en ningún momento durante esta campaña.

—Sus tácticas y sus armas no han sido necesarias. No estamos librando ese tipo de guerra.

—¿Lo haremos alguna vez? —preguntó Gage, tras dudarlo.

—Por esas compañías, tal como están constituidas ahora, espero que no.

—¿Tal como están constituidas ahora? —preguntó Gage. Guilliman le hizo un ademán para restarle importancia.

—Luego —dijo—. Y para contestar a tu primera pregunta: sí. Las ruinas son importantes.

—¿Por qué?

—Por su simbolismo. Thoas es una culminación, es donde vamos a aplastar al imperio orko. Vamos a recuperar un planeta que sabemos a ciencia cierta que antes pertenecía a la humanidad. Otro fragmento de lo que es y debe ser inherente al Imperio quedará restaurado.

—Todo eso será así sea cual sea el estado del planeta.

Guilliman le dedicó al viejo veterano una mirada de soslayo.

—¿Desde cuándo eres un defensor tan acérrimo del modo de luchar de los Destruidores?

—Solo creo que no deberíamos rechazar el enfoque de Hierax sin más —respondió Gage.

—No ha sido así. He dicho que el simbolismo de las ruinas es importante, y lo es por dos razones. No somos destructores, Marius. No es por ese motivo que mi padre nos creó, no puede ser. Y no lo será. Así que preservar una ciudad, incluso una muerta, es importante. Y más ahora.

—Por la que destruimos —dijo Gage tras una pausa.

—Sí —confirmó Guilliman—. Por la que destruimos.

Monarchia. El orgullo de Lorgar. La ciudad construida para glorificar al Emperador. La ciudad destruida por haber convertido al Emperador en una deidad. Un lugar de maravillas arquitectónicas, una ciudad bella. La XIII Legión acudió a la joya de Khur. Los Ultramarines tomaron la ciudad y reunieron a la población. Y luego redujeron la ciudad vacía a cenizas y cristal.

Los habitantes de Monarchia no habían cometido ningún crimen. Eran leales al Emperador. «Leales a más no poder», pensó Guilliman. Solo eran culpables de creer la mentira que Lorgar les había contado, una mentira que el propio primarca había considerado cierta. El recuerdo del dolor en el rostro de Lorgar durante su confrontación con el Emperador perturbaba a Guilliman. Había sido la terrible agonía de un hijo castigado por hacer lo que creía que iba a complacer a su padre.

Los Ultramarines habían destruido una ciudad y arrasado con el espíritu de su población para castigar a Lorgar. Para rebajar su orgullo.

Para declarar algo.

«Simbolismo».

—Todavía me pregunto... —empezó a decir Gage—. ¿Por qué nosotros?

—Porque mi padre podía confiar en que nosotros llevaríamos a cabo la tarea tal como debía llevarse a cabo. ¿Habrías querido que lo hiciera cualquiera de los otros?

Gage negó con la cabeza.

—Y Angron podría haberlo disfrutado —añadió Guilliman—. Hicimos lo que teníamos que hacer. Fuimos deliberados, fuimos imparciales. El castigo de mi padre fue comedido.

—No me pareció comedido cuando arrasamos con Monarchia —respondió Gage, con un suspiro.

—A ninguno de nosotros. —La destrucción perturbó a los Word Bearers, y aquel fue su propósito, pero la XIII Legión también pagó cierto precio por ello—. Sufrimos un buen golpe por lo que hicimos allí. Y encajamos dicho golpe porque era necesario y porque podíamos resistirlo. ¿Ves lo que Thoas puede ser para nosotros? —«Simbolismo». Le dio un golpecito a una placa de datos para reproducir las pictografías que Iasus y los exploradores de la 166.^a habían tomado—. Hay majestuosidad ahí. Una majestuosidad que vale la pena preservar, que vale la pena volver a construir. Capturaremos esta ciudad y, con el tiempo, veremos cómo una nueva civilización se alza en ella.

—Volveremos a ser creadores —dijo Gage.

—Thoas nos quitará el mal sabor de boca que nos dejó Monarchia.

Mientras hablaba, Guilliman giró su asiento para mirar hacia el planeta que tenían debajo, a través del crystalflex. Vio la planicie en la que sus legionarios iban a aterrizar y clavó la mirada en el lugar en el que sabía que se encontraban las ruinas. Pensó en ciudades ausentes. Intentó obligarse a pensar en ciudades que todavía no existían, en lugar de en ciudades destruidas, solo que no pudo. Pensó en ambas.

Pensó en la fuerza del simbolismo y en la decisión que sabía que ya había tomado.